APUNTES SOBRE LA HISTORIA PRIMITIVA

DE LA FIEBRE AMARILLA

Academias de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana¹

Sesión del 23 de noviembre de 1884

La necesidad de remontarnos hasta donde puedan alcanzar los datos históricos que tenemos respecto de una enfermedad cuya etiología ha burlado hasta ahora los más perseverantes esfuerzos y cuyo conocimiento exacto tanto interesa á la humanidad, como resulta con la fiebre amarilla, nos ha impulsado á dedicar una escrupulosa atención al asunto que es objeto del presente trabajo. La realización de este propósito entrañaba la lectura atenta de esas páginas en que se desenvuelven, cual vasto panorama, todas las peripecias del grandioso descubrimiento que inmortalizó á Colón y los sucesos tan variados y de tan diversa índole en medio de los cuales se verificó la población de la América tropical por los españoles; aliciente tal, para todo el que ha nacido en este suelo, que no pudo menos que convertirse en grato entretenimiento lo que, desde el punto de vista concreto de una pesquisa nosológica, hubiera parecido una ímproba labor.

Mas, antes de entrar en materia, séanos permitido exponer brevemente el criterio médico que nos ha guiado en nuestros rebuscos históricos.

Tras un detenido estudio creemos poder afirmar que, aparta de aquellas afecciones zimódcas conocidas ya de los Europeos antes del Descubrimiento, y que éstos importaron á la América, no se ha señalado en estas regiones, durante los últimos dos siglos, de que tenemos noticias bastante exactas, ninguna enfermedad susceptible de revestir formas epidémicas, de fijarse en determinadas localidades y de conferir inmunidad contra su repetición en el mismo individuo, más que la fiebre amarilla y sus formas derivadas: la remitente biliosa ó la inflamatoria biliosa. Por lo tanto no es

¹ *Anales de la Academia*, t. XXI, 15 dic. 1884, p. 265.

de creer que tampoco existieran otras en los primeros tiempos de la conquista. Hemos calificado la remitente biliosa como forma derivada de la fiebre amarilla; mas no se nos oculta que la identidad de esas dos pirexias ha sido objeto de largas é infructuosas discusiones en épocas en que faltaban datos exactos con que resolver el problema. Mucho nos complace, empero, recordar que nuestro dignísimo Presidente, el Dr. Gutiérrez, ahora veinte años, defendió ante esta ilustrada Corporación el concepto que hemos indicado y que se halla robustecido hoy por las importantes observaciones que Bérenger-Féraud y Burot han podido reunir, con el auxilio de los métodos exactos, desconocidos en los tiempos pasados. Decía el Dr. Gutiérrez "que si se comparan los síntomas de una y otra fiebre se verá que es muy poco variada la diferencia, y que ésta no descansa más que en la intensidad y violencia con que invade, corre y termina el mal en el llamado "vómito negro", y en algunos fenómenos que si se presentan siempre en los no aclimatados, no faltan tampoco cuando ataca á los que lo están y á los naturales de la Isla, sean del campo ó de la ciudad".

Nuestra opinión personal, fundada en consideraciones que algún día, quizás, tendremos la oportunidad de exponer, nos inclina á admitir una *fiebre amarilla vera*, con sus variedades *maligna*, *grave* y *regular*, siempre albuminúrica, y una *fiebre amarilla frusta*, (si nos permitís el galicismo), en la que muchas veces falta la albuminuria, ó bien el ciclo térmico se reduce á una benignidad notable ó, en fin, se presenta la convalecencia sin que el período hemorrágico haya hecho más que bosquejarse de una manera muy ligera. Esta fiebre amarilla *manca* vendría á ser la consecuencia de una atenuación del principio morbigeno y su tendencia natural, por lo tanto, no sería hacia la reproducción de la fiebre amarilla *vera*, sino más bien en el sentido inverso, propendiendo, mientras no ocurriese nueva contaminación, hacia atenuaciones progresivas. En virtud de esta hipótesis se explican fácilmente los valiosos datos recogidos por Bérenger-Féraud en la Martinica y por Burot en la Guayana, acerca de la llamada "fiebre biliosa inflamatoria", que ambos autores consideran como un conjunto de formas atenuadas de la fiebre amarilla, y por lo tanto, corresponden á nuestra "fiebre amarilla frusta ó manca".¹

¹ Se comprende el efecto, que tras una serie de fiebre amarilla maligna se presenten otras serie: de f. a. grave y regular, y que desvirtuándose gradualmente la virulencia, en ciertos casos, por cualquier circunstancia, vayan predominando estos elementos atenuados, en sus combinaciones diversas con los que hayan conservado su primitiva intensidad, dando lugar á nuestra segunda categoría, ó sea la de *f. a. frusta*. Entonces aparecerán los casos de "fiebre biliosa inflamatoria" franca, ó

Otra aclaración debemos hacer antes de comenzar nuestra narración, con referencia á la transmisión de la fiebre amarilla.

En varias memorias que hemos tenido la honra de someter á vuestra apreciación, hemos explicado extensamente las consideraciones diversas y los experimentos en que fundamos nuestra teoría respecto al papel importante que atribuimos al *Culex* mosquito, considerándolo como el *tertium quid* indispensable para la propagación de la fiebre amarilla, al menos en estas regiones de América. Mas como quiera que este asunto permanece aún *sub-judice*, y á pesar de que persistimos en la misma creencia que antes hemos manifestado, no nos consideraríamos justificados para hacer intervenir nuestra apreciación personal en una relación histórica: abstención tanto más plausible cuanto que para nada necesitamos aquí precisar cuál sea el agente inmediato de la transmisión, bastándonos por ahora que se nos conceda, como *postulados*, 1º que la importación es necesaria para que la fiebre amarilla se desarrolle en una localidad donde antes no existía; y 2º que la importación puede verificarse sin que las personas, con ó sin sus equipajes, á quienes se atribuya la importación, hayan venido enfermas, ni siquiera convalecientes, de esa dolencia, ni tampoco hayan manifestado hallarse ya infectadas ni atravesando el período de incubación de la enfermedad.

Para demostrar la necesidad de una importación primitiva entre muchas otras pruebas, descuella el hecho de que, á pesar de perseverantes esfuerzos, no ha podido citarse hasta ahora ningún caso auténtico de fiebre amarilla típica, en buques que antes no se hubiese expuesto a la infección, visitando puertos donde reinaba la fiebre amarilla ó comunicándose con otros buques infectados.

Respecto de nuestro segundo postulado, tenemos para justificarlo el siguiente caso práctico, bien conocido:

El año de 1878, los vapores de los Sres. López y C^o que llevaban los licenciados del ejército de Cuba á la Península salían de la Habana para el puerto de Santiago de Cuba y de allí seguían para Santander, tardando

insidiosa de diversos grados, señalados por aquellos autores, confiriendo inmunidad contra la f. a. regular los ataques más caracterizados, mas no las formas más leves; ocurrirán también los de *fiebre remitente biliosa*, que llegarán á perder no tan sólo la influencia protectora contra la verdadera f. a. típica, sino que dejarán de preservar hasta contra su propia repetición, de la misma manera que la linfa d: los revacunados suele perder sus propiedades preservativas; y al fin, corriendo el tiempo fin que se haya importado de nuevo la materia morbígena en su primitiva fuerza, podrá llegar el día que los mismos habitantes de la localidad quedarán expuestos á la contaminación de la fiebre amarilla poco menos que los forasteros.

unos 20 ó más días en la travesía. Al llegar á ese puerto, sí no había ocurrido ningún caso de fiebre amarilla durante el viaje, bajaban los hombres en seguida, internándose de ahí hacia Madrid; en el caso contrario, quedaban los enfermos y los demás que traía el buque sometidos á cuarentena en un lazareto dispuesto al efecto. En estas circunstancias ocurrió que á principios de septiembre del mencionado año, se encontraban unos licenciados de Cuba, alojados en Madrid, cerca de la Puerta del Sol, uno de los barrios más populosos de la Corte, alojados en la casa número 13 de la calle de Tetuán; allí vivían juntos con los licenciados, varios jóvenes amigos suyos, apiñados en cuartos estrechos, ocupando hasta 10 ó 15 una misma pieza. El 15 de septiembre fué atacado de fiebre amarilla un joven de 15 años que comía y dormía en la casa; en seguida se enfermaron de la misma fiebre cuatro personas de su familia que habitaban dicha casa, y luego otros dos individuos vecinos de la misma. De ahí resultó una pequeña epidemia que duró un mes, terminándose á mediados de octubre, y en la cual quedaron perfectamente comprobados veinte y cinco casos, si bien los más acreditados facultativos calcularon en 50 el número total de atacados con 35 defunciones. Estos datos constan en el informe que M. A. Guichet presentó al Ministerio francés, mencionándose además que ninguno de los licenciados figuraron entre los atacados.

No puede negarse, pues, que la fiebre amarilla suele ser importada por individuos sanos que se trasladan con sus equipajes de una localidad infectada á otra donde no existe la enfermedad. Sentadas esas premisas veamos hasta qué punto la experiencia adquirida en la época actual nos permitirá reconstruir la historia primitiva de esa terrible plaga de la América tropical, del vómito negro ó fiebre amarilla.

La fiebre amarilla es indígena de la América. Sobre este punto, si bien, no ha muchos años, solía discutirse aún, no parece que hoy existan divergencias entre los que han estudiado la cuestión.

El Dr. Antonio Pons y Codinach, en su "Tratado completo" dice: "Anteriormente al año de 1495, tres años después del descubrimiento de Cristóbal Colón, á nadie se le había ocurrido dar forma nosológica especial á ninguna de las observaciones y descripciones, y epidemias de los autores griegos, latinos, árabes ó de épocas posteriores. Desde la citada fecha, fueron por primera vez apareciendo notas, reseñas, historias y monografías, más ó menos parecidas las unas á las otras, describiendo una plaga epidémica no conocida, que se cebaba en cuantos el deber, la ambición ó el estudio obligaban á cruzar el Atlántico, en demanda de las nuevas tierras oc-

cidentales; sin que tampoco nadie formalmente pensara en encontrar asimilación la más mínima con ninguna de las afecciones antes conocidas; y lo más que se hizo al emprenderse serios estudios sobre esa enfermedad nueva, fué colocarla como una especie nueva y distinta en el género *Synochus*, peste, fiebre angioténica, tifus, etc."

Entre los autores extranjeros citaremos al Dr. Joseph Jones, catedrático de la Universidad de Lousiana, quien desde largos años viene ocupándose de la fiebre amarilla. En una Memoria leída en la Asociación médica de dicho Estado hace el referido profesor la siguiente afirmación: "Después de un examen crítico de las obras de Herodoto, Estrabón, Justino, Cornelio Nepote, Eutropio, Plutarco, Tito Livio, Tucídides, Homero, Salustio, Virgilio, Floro, Veleyo Patérculo, César, Horacio, Cicerón, Jenofonte y Tácito, no hemos podido reconocer la enfermedad llamada hoy fiebre amarilla, en ninguna de las descripciones de epidemias particulares, ni en las alusiones á ninguna enfermedad pestilencial. Igualmente, mientras que en los escritos de la edad media tenemos descripciones de extensas y mortíferas epidemias, entre las que pueden reconocerse la peste glandular del Oriente, las viruelas, el sarampión, el tifus, la fiebre tifoidea, la enfermedad sudoral (*Sweating sickness*), la elefantiasis ó lepra, el cólera, la disentería y la meningitis cerebro-espinal, la *fiebre amarilla* no figura en esos anales de la historia general ni en los de medicina, antes del descubrimiento de la América por Colón (*Proceedings of the Lousiana State Medical Association*, 1879, p. 54.)

En los años subsecuentes al descubrimiento, como acertadamente lo advierte Pons y Codinach, empezaron los autores á señalar en la Isla de Hispaniola unas enfermedades mortíferas que azotaban en los meses de verano á los españoles recién venidos de Europa, causando á veces la muerte de la tercera parte ó la mitad de ellos y dejando á otros amarillos ó *azafranados* por muchos días. De manera que á pesar de lo incompletas que necesariamente hubieron de ser las primeras descripciones de un mal cuya naturaleza y caracteres eran desconocidos, lógico parece admitir que las epidemias mencionadas por Herrera, Las Casas, Oviedo, Gomara, Pedro Mártir, Bernal Díaz, y por los primeros Obispos y Virreyes, en sus cartas, se refieren realmente á la misma fiebre amarilla que en épocas posteriores, una vez asentada su filiación, en iguales estaciones del año, en los mismos lugares y con iguales resultados, ha solido diezmar á los expedicionarios que de Europa han venido á poblar estas regiones de América.

Durante el primer viaje de Colón, no consta que ninguno de los 90 hombres que le acompañaban se hayan enfermado en los tres meses, desde octubre de 1492 hasta fin de enero de 1493 que permanecieron en las Antillas.

Los 39 castellanos dejados en el fuerte de Navidad en la costa del Norte de Santo Domingo, verdad es que todos habían muerto cuando vino la segunda expedición, á fines de noviembre de 1493, pero nada encontramos en los historiadores de la época que autorice á atribuir ese desastre á la fiebre amarilla.

Tenemos para formar juicio sobre este asunto importante, á más de la detallada relación de Fray Bartolomé de las Casas (II, p. 10-13, *Historia de las Indias*, Madrid 1875), el documento precioso que publica en su Historia de Santo Domingo D. Antonio Delmonte y Tejada (I. p. 271) ó sea una carta dirigida á los Sres. del Cabildo de Sevilla por un médico distinguido, el Dr. D. Diego Alvarez Chancas, físico de la armada, con sueldo y nombramiento real, quien como perito y como testigo presencial refiere y comenta lo que pudo averiguarse respecto de los 38 españoles que quedaron bajo el mando de D. Diego de Aranda para custodiar el fuerte de Navidad. La concordancia de ambas narraciones en sus puntos esenciales nos garantiza su exactitud. He aquí lo que hemos podido deducir de su atenta lectura.

Los días 25 y 26 de noviembre de 1493 los que acompañaban á Colón en su segundo viaje, doce leguas antes de llegar al puerto de Navidad, encontraron los cadáveres de cuatro hombres; hallándose uno de ellos "en disposición que se le pudo conocer tener muchas barbas", otro con una cuerda atada al cuello y otro con los pies atados. Después de llegar á Navidad descubriéronse once cadáveres de cristianos, cerca de la fortaleza "enterrados, dice Las Casas, y parecían haber sido muertos de un mes atrás ó poco más." El Dr. Chancas dice en su carta, "que los indios habían mostrado donde estaban muertos once cristianos, cubiertos ya de yerbas que habían crecido sobre ellos, é todos hablaban por una boca, que Caonabó y Mayreni los habían muerto" Más adelante agrega el citado Doctor: "á lo que parecían los cuerpos de los muertos, no había dos meses que había acaecido."

El hermano del rey Guacanagarí y algunos indios que "ya sabían hablar algo nuestra lengua", dice Las Casas, "nombraban por su nombre á todos los cristianos que en la fortaleza quedaron; y también por lengua de los indios que traía de Castilla el Almirante, diéronle nuevas y relación de

todo el desastre", De los diversos interrogatorios resultó, que si bien la muerte de algunos de los castellanos fué atribuida por los indios á dolencias ó enfermedades, todos convinieron en que la generalidad habían perecido de muerte violenta, á consecuencia de riñas que entre sí tuvieron y de la agresión del terrible Caonabó. Agréguese á estas declaraciones que los cadáveres hallados cerca de la fortaleza, á fines de noviembre, tenían menos de dos meses de fecha, y se tendrá un motivo más para no atribuir á la fiebre amarilla esas muertes acaecidas en octubre, cuando ya los castellanos habrían atravesado los meses más rigurosos del verano y llevaban un año de residencia en las Antillas.

De 1,500 hombres se componía la segunda expedición que llevó Colón á la Hispaniola, contándose entre ellos D. Pedro de las Casas y D. Francisco de Peñalosa, padre el primero y tío el segundo del fiel historiador y constante protector de los indios, Fray Bartolomé de las Casas, así como también el Dr. Chancas de quien hemos hecho mención. En la carta antes citada de este médico y también en la Memoria que, con fecha 30 de enero de 1494, el Almirante dirigió á los Reyes por conducto de Antonio Torres (Flist. de Santo Domingo, loc. cit) encontramos las noticias más fidedignas sobre el estado sanitario de los expedicionarios, desde su llegada en noviembre de 1493 hasta fin de enero de 1494. Por esos documentos sabemos que, en seguida que bajaron á tierra para fundar la villa de Isabela, la gente comenzó á enfermarse de calenturas, no escapándose el mismo Almirante; pero si nos fijamos en la disposición de la localidad, en la escasa mortandad de los casos y en la estación del año en que ocurrieron (diciembre y enero), preciso será convenir en que esas fiebres debieron ser palúdicas y no casos de fiebre amarilla.

He aquí la gráfica descripción que el Dr. Chancas hace del sitio donde se venía levantando la población de la Isabela.

"La tierra es muy gruesa para todas cosas; tiene junto un río principal é otro razonable, asaz cerca, de muy singular agua; edifícase sobre 'la ribera dél una cibdad Marta, junto quel lugar se deslinda con el agua, "de manera que la mitad de la cibdad queda cercada de agua con una barranca de peña tajada, tal que por allí no ha menester defensa ninguna; "la otra mitad está cercada de una arboleda espesa que apenas podrá un "conejo andar por ella; es tan verde que en ningún tiempo del mundo "fuego la podrá quemar; hase comenzado á traer un brazo del río, el cual "dicen los maestros que traarán por medio del lugar, é asentarán en él mo-

"liendas é sierras de agua, é cuanto se pudiere hacer con agua" (loe. cit. p. 296.)

Humedad, vegetación luxuriante, mezcla de aguas dulces con la del mar y el mismo género de trabajos en que estaba ocupada la gente, todo hubo de favorecer el desarrollo de fiebres palúdeas en esa localidad. Respecto de la escasa mortandad y poca importancia que el Dr. Chancas y el Almirante atribuían á esas fiebres, citarémos los párrafos siguientes. Dice el Dr. Chancas (loe. cit. p. 298): "no bastamos para todo, porque la gente ha adolecido en cuatro ó cinco días el tercio della, creo la mayor causa dello ha seido el trabajo é mala pasada del camino; allende de la diversidad de la tierra; pero espero en nuestro Señor que todos se levantarán con salud." El Almirante en su Memoria (ibid. p. 257) escribía: "Item. Diréis á sus Altezas como dicho es, que las causas de las dolencias tan general de todos es de mudamientos de aguas y aires, porque vemos que á todos arreo se extiende y peligran pocos."

El doce de marzo siguiente partió Colón de la Isabela para recorrer el interior de la Isabela de Hispaniola, y á su regreso, el 29 del mismo mes, halló "la gente muy fatigada y muchos muertos y los sanos afligidos con temor cada hora de llegar al estado de los otros y todos más adolecían quanto yban menguando los bastimentos" (Herrera, *Decada* I. lib. II. cap. 12. p. 66). La violencia que, según el mismo autor, el Almirante se vió obligado á usar con la gente "para que no pereziesen por dejar de llevar á cabo las obras públicas", y su partida á las pocas semanas, nos inclinan á creer que las enfermedades á que se contrae esta cita serían efecto de las mismas fiebres palúdeas que desde enero venían padeciendo los fundadores de la Isabela, y no de una mortífera epidemia. Porque no se comprendería que al mes siguiente, el 24 de abril, saliese el Almirante á descubrir, ausentándose por espacio de cinco meses consecutivos, sin manifestar ninguna preocupación ni cuidado acerca de la gente que dejaba en la Isabela, si antes de su partida hubiese estallado una epidemia de fiebre amarilla.

Hacia el 7 ó 8 de septiembre regresaba el Almirante de explorar la costa meridional de Cuba, y mientras que costeaba la ribera de la Catalina en la parte Sur de Hispaniola, acudieron los Indios en canoas y le dijeron que habían llegado allí los de la Isabela y *que todos estaban buenos*. Hasta aquí no parece, pues, que se haya manifestado la fiebre amarilla entre los Españoles.

Por el 10 de septiembre, costeaba el Almirante la Provincia de Higüey, cuya gente, dice Herrera, era la más belicosa de la Hispaniola y “usaba la yerba con ponzoña”; salieron los indios armados, amenazando que habían de atar á los cristianos con cuerdas que mostraban y queriendo impedir que bajaran á buscar agua; pero llegadas las barcas^ los indios dejaron las armas, preguntaron por el Almirante y llevaron comida. Unos quince días después de este suceso, dirigióse el Almirante hacia la Isla de San Juan, cuando fué acometido de una “modorra tan rezia que le dejó sin sentido, de tal manera que pensaron que no viviera; por lo cual se dieron prisa los marineros y con todos los navios llegaron á la Isabela al cabo de cinco días, el veinte y nueve de septiembre”, permaneciendo enfermo el Almirante algunos días después de su llegada (Delmonte, *Historia de Santo Domingo*’).

Aquí nos preguntamos: ¿sería esta enfermedad del Almirante el primer caso de fiebre amarilla consignado en la Historia? ¿y la habría él contraído en su entrevista con los indios de Higüey, quienes la traerían quizás de otras islas ó del vecino continente, donde solían procurarse la hierba ponzoñosa? Más adelante se verá por qué indicamos esta interpretación como posible.

El 24 de marzo de 1495, libró Colón la batalla de Santo Cerro ó de la Vega Real contra cien mil indios; por este tiempo ó quizás en el verano inmediato hubo de comenzar la terrible mortandad que en ese año y el siguiente, según Herrera, causó la muerte de la tercera parte de la población de la Isla de Hispaniola, extendiéndose por igual sobre los españoles y sobre los indios. No dudamos en fijar esa fecha, á pesar de que Oviedo coloca el mismo acontecimiento en el año anterior (1499), porque este cronista, quien sólo vino á América 10 años más tarde, ha solido incurrir en frecuentes errores de fecha; hay pues que dar más crédito á los otros dos historiadores, Herrera y Las Casas, quienes ambos tuvieron á la vista los manuscritos del Almirante, y el segundo tuvo á su padre y á su tío en la Isla por aquellos mismos tiempos. Seguiremos en este particular la relación más circunstanciada de Herrera.

Para formarse una idea de la intensidad de esa primera pestilencia que experimentaron los españoles en América y de la profunda impresión que causó en los ánimos, basta recordar que, á su consecuencia, en julio de 1496, mandó el Almirante á su hermano D. Bartolomé que despoblara la ciudad de Isabela, fundada dos años antes á costa de tantos trabajos y sacrificios; que buscarse algún puerto cómodo, y que á él se pasasen todos.

Así, en efecto, se hizo fundándose la Isabela nueva ó fortaleza de Santo Domingo en la costa del sur.

La noticia de la terrible epidemia causó tal pánico en España, que durante los siete años siguientes no se pudo armar otra expedición, y para que viniese alguna gente tuvo el Almirante que recurrir al tristísimo expediente de que el Rey ordenara que los malhechores de los Reynos de España fuesen á purgar su condena en esa isla, dándoseles la libertad, á los que merecieren la pena de muerte al cabo de dos años, y á los que nó al cabo de uno; y que también se enviasen á esa Isla los desterrados por delitos (Herrera, Dec. I. Lib. III. C. II. p. 83).

He aquí los términos en que Herrera refiere la epidemia de 1495 á 1496 (ibid. Lib. II C. XVIII): "El remedio que pareció á los Indios más á propósito para que los cristianos pereciesen ó se fuesen de la Isla, fué no sembrar, para que no se cogiese fruto y recogerse ellos á los montes, donde hay muchas y buenas raíces para comer, y nacen sin sembrarlas, y con la caza de las jutías ó conejos de que estaban los montes y los valles llenos, pasar como quiera. Aprovechóles poco tal astucia porque aunque los cristianos de hambre terrible y de andar tras los indios padecieron infinito, no se fueron, y *aunque muchos murieron*, porque el hambre los forzaba á comer bascosidades y cosas de mala suerte; y así toda la calamidad cayó sobre los mismos indios, por secretos juicios de Dios, porque como andaban con sus mujeres á cuestras, hambrientos, sin dárselos lugar para cazar ni pescar, y buscar comida, por las humedades de los montes y ríos, adonde siempre andaban escondidos, *vino sobre ellos grandísima enfermedad, de tal manera que por esto y por las guerras hasta el año de 1496, faltó fe tercera parte de la gente de la Isla*".

Conviene llamar aquí la atención sobre una particularidad y es que casi todas estas pestilencias citadas por los autores de aquella época, fueron atribuidas á una serie de causas, siempre las mismas, poco satisfactorias, y entre las que figuraban en primer término el hambre y la novedad ó mala calidad de los alimentos, circunstancia que tuvo, quizás, su origen en los vómitos alimenticios y biliosos del primer período de la fiebre amarilla y los de borra y de sangre en el segundo, que debieron inducir á creer que el mal procediera de trastornos del estómago promovidos por aquellas causas que dijeron.

El mismo autor (Década I. lib. V. cap. XI) refiriéndose á esa epidemia de 1495, dice lo siguiente: "La falta de vitualla que hubo en la Española, el comer los castellanos muchas bascosidades y lo que padecieron los Indios,

por causa de no sembrar, como antes queda referido, causó á todos nuevas enfermedades. Pusieronse primero tan amarillos que parecían azafranados, y esto, que les duró mucho días" etc.

Hemos mencionado con alguna insistencia la circunstancia de que la mortandad en 1495-1496 no se limitó á la raza europea sino que también hizo grandes estragos en la indígena, porque esa particularidad, que no ha sido señalada en las epidemias subsecuentes, es un argumento en contra de los que suponen que la enfermedad existía ya en la Isla de Española antes de la venida de los europeos. Si admitimos, en efecto, que la enfermedad que entonces reinó era la fiebre amarilla, forzoso es creer que desde algunos años, por lo menos, no se había manifestado en esa Isla, puesto que sus habitantes indígenas no estaban revestidos de la inmunidad característica de los que habitan localidades habitualmente visitadas por esa pestilencia.

No nos detendremos en averiguar de dónde, ni por qué conducto pudo introducirse la nueva enfermedad en Hispaniola; si fué importada accidentalmente por los Indios caribes que frecuentaban las costas del Higuey, ó si fué traída intencionalmente, como ardid de guerra, á la manera de los Indios de las Nuevas Hebrides, de quienes cuentan que clavan sus flechas en la región renal ú otras partes de los cadáveres, para que adquieran propiedades venenosas (Arch. de Med. Nav. 1877 I. p. 391). La explicación, al parecer un tanto fantástica, que da Herrera acerca del modo que usaban los indios del continente para preparar la *yerva ponzoñosa* de sus flechas, podría, quizá, justificar esta conjetura. (Decada I. Lib. VII. Cap. 16, p. 255). Mas, por ahora, prosigamos el orden histórico según el cual se fueron poblando de españoles las Grandes Antillas y las costas de Tierra firme y de la Nueva España; advirtiendo de paso, que en el párrafo que sigue al que refiere la segunda pestilencia de 1503 en Santo Domingo, nos informa el mismo Herrera que los Coyucos "servían para la defensa de *los mosquitos que allí son bien importunos*" (Decada I. libro V. cap. XI. p. 179).

El 15 de abril de 1502 llegó á Santo Domingo la primera expedición considerable después de la que había traído Colón en 1493, y fué la del Comendador de Lares, con unos 2,500 hombres bien equipados. Por este tiempo no quedaban sino 300 españoles de los primeros 1,500 venidos con el Almirante y de los deportados que por cortas partidas se mandaron después. "El desembarcando los que fueron con Nicolás Ovando (el Comendador de Lares), dice Herrera (Dec. I. Lib. V. Cap. 3. p. 161) todos

acordaron de ir á las minas nuevas y viejas á coger oro. ...; pero como era necesario trabajar para sacarlo debaxo de tierra los que nunca hizieron tal oficio cansávanse y acabándose la comida bolvían á Santo Domingo provábales la tierra y sobre la falta de comida y de todo refrigerio, dióles enfermedad de calenturas, con que murieron más de mil hombres" (de los 2,500).

De ahí en adelante no se señalan epidemias nuevas; mas es de creerse que la *pestilencia* seguiría en la Isla de Santo Domingo con el carácter endémico, toda vez que, en lo sucesivo, como se verá, los vecinos de esa isla, cuando pasaban á poblar otras tierras enfermizas, quedaban libres de las mortíferas enfermedades que tantas muertes ocasionaban en los recién venidos de España.

El año de 1508 pasó Juan Ponce de León á poblar la Isla de San Juan ó sea de Puerto-Rico; mas, como quiera que la gente que llevaba, y él mismo, eran antiguos vecinos de Santo Domingo, no nos proporciona esta expedición datos con que juzgar si la pestilencia existía, por aquel tiempo, en aquella Isla.

En 1509 salieron Alonso de Hojeda y Diego de Nicuesa, ambos vecinos de Santo Domingo, á poblar sus respectivas Gobernaciones de Nueva Andalucía y Castilla de Oro en Tierra firme.

Alonso de Hojeda llevó 300 hombres reclutados en España por Juan de la Cosa. En el espacio de un año, por efecto según Las Casas (III. p. 300) de las flechas ponzoñosas de los indios, de la falta de bastimentos "de las hierbas y raíces que comían, aún sin cognoscer dellas si eran buenas ó mataderas y malas, las cuales les corrompieron los humores, que incurrieron en grandes enfermedades, de que murieron muchos." De tal manera que de los 300, en Cartagena y en San Sebastián, murieron 260, no quedando sino 30 ó 40 hombres con Pizarra en Urabá, cuando salió Hojeda con Talavera para la Isla de Cuba, donde pasó grandes penalidades, á pesar de la bondad del clima de esta Isla, antes de llegar á Santo Domingo.

Diego de Nicuesa también estaba aclimatado por haber pasado en Santo Domingo las epidemias desde 1495; pero los 780 hombres que de España había traído, tuvieron la misma ó peor suerte que la expedición de Hojeda. "Los que quedaron en el río de Belem, dice Las Casas (III. p. 330) como comían por tasa, y por no tener convenientes moradas, porque estaban en chozas, por la humedad de la mar, y por las muchas aguas que llovía, y de llagas que se les hacían de los muchos *mosquitos* que

había, y más de verse atajados y sin esperanza de salir de allí, atribulados moríanse muchos; notaron, en estas angustias estando, que nunca moría alguno, sino cuando la mar menguaba, y como los enterraban en la arena, experimentaron que á ocho días, eran comidos los cuerpos como si hubieran cincuenta años que los hubieran enterrado, lo cual tomaban por mala señal, entendiendo que aún el arena se daba prisa en acabarlos”.

Habían muerto ya en los primeros meses 400 hombres, antes de reunirse Nicuesa con López de Olano cerca del río de Chagres, y otros 200 murieron después que salió de Belén y mientras se estuvo haciendo la fortaleza de Nombre de Dios. Al cabo de quince meses sólo quedaban en el Darién, de todos los que habían venido, unos 60 hombres con Pizarro, Colmenares y Vasco Núñez de Balboa, cuando salió expulsado el desgraciado Gobernador, con los 16 ó 17 que le acompañaron y con él se ahogaron.

Los anteriores 40 hombres de la expedición de Hojeda y estos 60 que quedaron de la primitiva de Nicuesa, con otros, ya aclimatados en Santo Domingo, que engrosaron sus filas (150 traídos por el bachiller Anciso, 60 por Colmenares y, más tarde, 150 por Cristóbal Serrano) formaron la fuerza total de los Españoles con la cual logró Vasco Núñez de Balboa descubrir y sojuzgar el territorio desde el Darién hasta Nombre de Dios y de allí hasta el mar del Sur, ó sea el Pacífico, que descubrió en septiembre de 1513. En todo este tiempo y hasta la llegada de Pedrarias de Avila al Darién, en junio de 1514, no habían experimentado pérdidas notables ni muertes los 450 hombres de Vasco Núñez, si bien no dejaron de sufrir grandes penalidades y aún de enfermarse á menudo, particularmente los que le acompañaron para cruzar el istmo,¹ donde sabemos que siempre ha prevalecido el paludismo, según lo vienen, actualmente comprobando los que, bajo la dirección del ilustre Lesseps, están llevando á cabo la gran obra de abrir el canal de Panamá.

¹ Las Casas— *Historia de las Indias* IV p. 131.

“Determinó luego Vasco Núñez de hacer saber al Rey tan señalada y nuevas, de haber descubierto la mar del Sur.....Escribió al Rey, muy en particular, de todo lo que había visto y pasado en aquel viaje muy larg'a' relación; entre otras cosas, dijo que de 109 hombres, q'u'e del Darién sacó, nunca se pudo ayudar sino apenas de 80'; porque todos los demás, por las hambres y trabajos que padecían, ó de enfermos ó de muy flacos y cansados, que no podían en algo ayudar, no escapaban. Escribió más que hobo con diversas gentes batallas, pero que ni él fué jamás herido *ni hombre de toda su compañía le mataron ni le faltó*”.

(Ibid. IV. p. 169)..... Tenía Vasco Núñez entonces consido en el Darién 450 hombres ó pocos menos, y, cierto, valían harto más por estar en tan grandes trabajos curtidos, que los 1200 ó 1500 que Pedrarias traía.

El año de 1509, en que habían ido las expediciones de Hojeda y de Nicuesa á Tierra firme, fué también Juan de Esquivel á poblar la Isla de Jamaica. Los que le acompañaron eran vecinos de la de Santo Domingo, ya aclimatados; más como no consta que durante el año que el Almirante tuvo que permanecer en esa Isla (1503-1504) se haya manifestado *la pestilencia*, no parece que ésta existiera allí cuando fué descubierta.

La Isla de Cuba fué poblada por Diego Velázquez en 1511 con 300 hombres, también vecinos todos de la Isla de Santo Domingo; pero ni estos 300 ni los que más tarde llegaron á sus playas, de distintas procedencias, hasta el año de 1649, sufrieron jamás, que sepamos, de la *pestilencia*, ó sea de la fiebre amarilla.

Volvamos á ocuparnos de las cosas de Tierra-firme, para demostrar que la resistencia al clima, que venían manifestando los 450 españoles de Vasco Núñez, sólo dependía de haber éstos adquirido la inmunidad contra, la *pestilencia*, en el primero y segundo años de su llegada al Continente los unos, y los demás á Santo Domingo, y no porque hubiesen mejorado las condiciones de salubridad de las costas de Tierra-firme; lógica deducción de lo que resultó con la numerosa expedición, de 1,200 ó 1,500 hombres que trajo de España Pedrarias de Avila, el cual no consta que antes hubiese venido á América. Llegó esta expedición al puerto de Darién, donde estaban los de Vasco Núñez, el 12 de abril de 1514, y en seguida comenzó á enfermarse la gente.

Bernal Díaz del Castillo comienza su "Verdadera Historia" con estas palabras: "En el año de 1514 salí de Castilla en compañía del Gobernador Pedro Arias de Avila, que en aquella sazón le dieron a Gobernación de Tierra-firma; y viniendo por la mar con buen tiempo y otras ve- zes con contrario, llegamos al Nombre de Dios; y en aquel tiempo hubo pestilencia, de que se nos murieron muchos soldados, y demás desto todos los más adolecimos y se nos hacían unas malas llagas en las piernas."

Tampoco dejó de enfermarse el mismo Gobernador, según nos informa Las Casas (IV. p. 172): «Dello por esta causa (escasez de comida y de bastimento), dello por ser enfermo el lugar donde estaban poblados, por ciertas ciénagas y lugares bajos y sombríos, y también por la diferencia de los aires más delicados y más claros destas tierras, que por la mayor parte, y cuasi todas, son más que las de España sanas, mayormente habiendo tan gran distancia de allá á estas partes, comenzaron á enfermar y á morir la gente que había traído Pedrarias; no perdonó á él mismo, aunque tenía mejor refrigerio, que no incurriese una grave enferme-

dad». . . «Morían cada día tantos, que un hoyo que se hacía, muchos juntos enterraban, y á veces si cavaban una sepultura para uno del todo no la querían cerrar, porque se tenía por cierto que pocas horas habían de pasar que no muriesen otros que le acompañasen. Muchos se quedaban sin sepultura un día y dos, por no tener fuerza para los enterrar los que eran y sanos y tenían que comer algo». Verdad es que, según juicio de Las Casas, «más eran los que morían de hambre y falta de refrigerio que de las enfermedades que se interpolaba». Pero este argumento debe hacer poca fuerza por ser el mismo que se encuentra reproducido cada vez que ocurren pestilencias desconocidas. Mas no estaba limitada la pestilencia al pueblo del Darién, según nos informa el historiador en el siguiente párrafo:

«Luego envió Pedrarias á Pedrarias, su sobrino, con 200 hombres. .. al río del Cenú, que está del Darién 30 ó poco más leguas, de parte del Oriente; llegados al puerto y echadas las barcas para subir por el río; y siendo dificultosa la subida por la corriente y la gente ser nueva, y la gran multitud de los mosquitos que los comían, y la esperanza de haber lo que buscaban con tantos trabajos muy fría, comenzaron á sentir más el oficio y trabajo de remar que el consuelo de conseguir su fin les ofrecía. Por todos estos accidentes comenzaron á caer enfermos y á morir; viéndose Pedrarias, sobrino, en mucha angustia y que él también padecía el peligro de la vida, y no ver aparejo para hacer asiento... dió luego la vuelta al Darién con la mitad menos de la compañía. (IV. p. 180.)

Esta costa del Darién y, en particular, Nombre de Dios por muchos años fue asiento principal y perenne de pestilencias para los Españoles no aclimatados que por allí pasaban. En 1510, cuando Nicuesa edificó la fortaleza de Nombre de Dios, muriéronse, como se ha dicho, 200 hombres, de los 400 que tenía. La primera expedición de gente no aclimatada que allí vino después fue la de Pedrarias de Avila, la cual sufrió enseguida, como lo atestiguan Bernal Díaz y Las Casas, una terrible pestilencia. Tan pronto como se abrió el tráfico con el Pacífico, fue Nombre de Dios el centro de todo el movimiento entre la Península de Panamá y el Perú, por lo que exclama Las Casas: «que asaz es bien nombrado su nombre hoy, no tanto por la devoción, cuanto por la extraña y nunca vista, ni oída, ni aún soñada cantidad de oro que se ha embarcado para España, venida del Perú». Y no fue menor la fama que obtuvo aquel puerto por su mortífera influencia en los recién venidos que lo visitaban. En una carta

del Obispo de Guatemala D. Francisco Marroquín al Emperador D. Carlos, fechada en México el año de 1537, encontramos el siguiente párrafo:

«Ansymismo deve V. M. que la gente que acá tiene de pasar venga por esta Nueva España ó por Puerto de Cavallos, y no por el de Nombre de Dios, que es sepultura de todos; é ya que no se escuse venir gente por todas partes, ay nescesydad que V. M. provea en los puertos de ospitales y médicos y boticas, y en el Perú lo mismo, que do ay tanto ynterese, que se gasten diez mil pesos, todo es bien empleado: y pluguiera á Dios que S. M. oviera gastado veinte mil pesos en el Nombre de Dios y Panamá y Puerto Viejo, que yo prometo que quatro mili que se an muerto y mas en los caminos y arenales, y algunos que se han horcado de hambre, que no fueran quinientos los muertos. Bien creo que V. M. no ha sido ynformado desto, pero agora lo estará. Por amor de Dios lo mande proveher, y en esta Nueva España lo mesmo, que no ay año que no mueran en el puerto de la Veracruz quinientos hombres, y en las ventas y caminos mucha cantidad:» (*Cartas de Indias* LXXIII).

Esto nos trae a ocuparnos de la llegada de la expedición de Cortés en San Juan de Ullúa el año de 1519. Tanto Cortés como Bernal Díaz, sabemos que estaban ya aclimatados: en Santo Domingo el primero, desde 1504, y en Nombre de Dios Bernal Díaz en el 1514; y como quiera que la expedición toda se había reclutado en Cuba, con gente venida de Santo Domingo o del Darién, donde ya habían sufrido los efectos de la *pestilencia*, no es de extrañarse que se... de las mortandades que más tarde tuvieron en esa localidad los españoles no aclimatados. Nos interesa consignar aquí los motivos que dice Bernal Díaz, en su «Verdadera Historia», hicieron mudar el primer sitio del campamento que ocupaban en San Juan de Ullúa. Dice que Cortés mandó «que procurase buscar puerto seguro y mirase por tierra en que pudiéramos estar; porque bien vía que en aquellos arenales no nos podíamos valer de mosquitos, y estar tan lexos de poblaciones».

Todo un capítulo dedica Herrera en su 4* *Decada* (Cap. VI) a explicar «De donde procede que la tierra de la Vera Cruz y aquella costa del Norte es tan enferma», y en otro, el VIII, se ocupa «De la enfermedad del Cocolitztle y por qué causa está despoblada la costa del Norte de Nueva España». No nos parece fuera de propósito citar el siguiente párrafo: «Ya se ha dicho que es enferma la ciudad de la Veracruz y toda la costa del Norte, por ser la tierra caliente, adonde las enfermedades son más mortíferas, porque añade sobre el calor natural, el de la región, no

da lugar á sanar lo enfermo, porque lo estorba el ayre caliente, y no se crían los niños, porque con cualquier desorden les da calentura, y por esto la costa se halla despoblada; y la causa porque avía tanta gente en tiempo de Motezuma, es que aunque avía las mismas enfermedades generales, que llaman Cocolitztle, y en unos años mayores que en otros, como lo es aora, usaba Motezuma, vista la mortandad y falta de la gente en aquellas tierras, sacar de México y de los otros pueblos adonde había mucha gente, ocho mil familias... y los enbiava á poblar adonde avia ávido gran cocolitztle, y les davan casas y heredades y los hazian francos de tributo, por tantos años, y así volvía á poblar la costa siempre que había necesidad».

Al hablar de las costumbres de los indios de estas provincias, menciona el mismo historiador las comidas asquerosas que usaban, citándose entre las más extrañas las «empanadas» que hacían de *mosquitos*.

Bien claro se ve por las citas que acabamos de reproducir que, desde antes del descubrimiento, las costas de Nueva España sufrían anualmente los efectos de una epidemia que llamaban cocolitztle; la misma, sin duda, a que se refiere el Obispo de Guatemala en la carta que hemos extractado está a los diez y siete años de la primera llegada de los españoles a San Juan de Ullúa, y en la que afirma su autor al Emperador Don Carlos, que en Veracruz morían quinientos hombres cada año; y, probablemente, la misma también que en 1572 inspiró al virrey de Nueva España Don Martín Enríquez las siguientes frases: «Ya é scripto á V. M. que, visto la gente que muría de la que venía al puerto de San Juan de Lúa, por no aliar allí ningún abrigo, selles forjado yrse á curar de las dolencias que por ordinario an cobrado desde Ocoa al puerto, á la ciudad de la Veracruz, murían muchos, porque yban á buscar la salud en un lugar muy malsano, y adonde, aun los que la llevan muy entera, la suelen perder, di orden como se hiziese en el puerto un ospital y que huviese físico y algún servicio».

En vista de la experiencia que de esas localidades se ha adquirido después, y de no conocerse en ellas ninguna otra dolencia que haya ocasionado tales efectos en los europeos, más que la fiebre amarilla —con cuyas condiciones convienen las referidas citas—, no puede negarse que las pestilencias descritas en aquellos primeros tiempos del descubrimiento, según todas las probabilidades históricas, debieron ser de la misma fiebre amarilla que hoy conocemos; deduciéndose de ahí que, antes del descubrimiento, la fiebre amarilla era endémica en las costas de Tierra-firme y en las del mar del Norte de Nueva España, mas no en las islas de Santo

Domingo, Jamaica, Cuba, ni probablemente en Puerto Rico ni en la de Trinidad; pero que en la primera de esas islas, Santo Domingo, la enfermedad fue importada por los años de 1494 ó 1495. Allí hubo de continuar después, con el carácter endémico, por efecto de la constante introducción de gente nueva que no cesaba de llegar de España, quedando así sus vecinos revestidos de la inmunidad característica.

Mas no se encontraban en el mismo caso las pequeñas Antillas, cuyos indígenas, los Caribes, con sus frecuentes excursiones a Tierra-firme, fácilmente traerían el contagio de la pestilencia a sus islas contaminando a cuantos allí se hallaban aptos para recibirla, así fueran los de su propia raza, esclavos traídos de las Antillas mayores, o individuos de la raza europea invasora. En 1635, cuando llegaron los primeros colonos franceses a Martinica, ocurría precisamente hallarse los indios de esa isla y de las vecinas en excursión a Tierra-firme, y, el mismo año, sufrieron los nuevos pobladores los efectos de la mortífera pestilencia.. Esta duró cinco años, y Du Tertre, al escribir su historia por el de 1665, estimaba que sería la misma enfermedad que entonces se conocía en esas islas con el nombre de *coup de barre*, significativo de la requalgia que acompaña la invasión de la fiebre amarilla.

Mas no nos extenderemos a señalar la aparición de la fiebre amarilla en cada una de esas Antillas menores; bástanos, por ahora, consignar que, en casi todas ellas, se manifestó esa enfermedad al poco tiempo de ser pobladas por los europeos, y pasemos desde luego a averiguar la época y forma de su primera aparición en la Isla de Cuba.

Desde 1511, en que Velázquez con 300 vecinos de Santo Domingo vino a poblar la Isla de Cuba, hasta el año de 1648 ó 1649, en que a poco menos de 30,000 habitantes ascendía su población, con todo de tener un tráfico importante y de tocar en la Habana la generalidad de las naves que salían de Nombre de Dios y de Veracruz para la Península o para Santo Domingo, no hay noticia de que ninguno de sus habitantes haya padecido en su suelo de las graves pestilencias que, año tras año, afligían a los que iban a los mencionados puertos del vecino continente. El criterio principal que tenemos para conocer que una localidad no ha padecido antes de la fiebre amarilla, es el que se desprende de los valiosos datos y de las sagaces observaciones del Profesor Stanford E. Chaillé en su informe oficial como Presidente de la Comisión de fiebre amarilla que nos visitó, cinco años ha; criterio que estriba en la aptitud que manifiesta

la generalidad de la población en tales localidades para contraer el mal cuando alguna epidemia de fiebre amarilla llega a invadir por primera vez su territorio. Con su auxilio veremos corroborado nuestro aserto de que en los primeros 138 años de ocupación de esta Isla de Cuba por la raza europea, no se había manifestado en ella la pestilencia que luego se extendió por toda la Isla, desde el año de 1649 hasta el año de 1655, y acerca de cuya naturaleza no hay motivo plausible para dudar que fuese la misma fiebre amarilla que después ha venido a sentar aquí sus reales.

He aquí los términos en que Pezuela refiere ese suceso en el cuadro cronológico que figura en la introducción de su *Diccionario de la Isla de Cuba* (p. 182):

«En la primavera de 1649 consternó á Cuba una epidemia desconocida y horrorosa, importada del continente americano.» «Una tercera parte de su población, dice la *Historial inédita de la Isla*, fué devorada desde mayo á octubre por una especie de fiebre pútrida que arrebatava á los atacados en tres días». «En la capital en donde estuvo á pique de morir del mal el mismo Villalva (que gobernaba la Isla desde dos años), murieron, con muy cortos intervalos, el asesor de Gobierno Francisco de Molina y los licenciados Pedro Pedroso, Fernando de Tobar y Pablo de Olivares, que interina y sucesivamente habían entrado á reemplazarle. Por esta prueba se comprenderán los estragos que esparció el contagio en las demás clases y pueblos. En el de Santiago arreció por el verano siguiente, pudiendo preservarse los vecinos que se aislaron en sus fincas.» Por el año de 1653, según el mismo autor. «La epidemia se renovó con igual furia que antes en esta época, á pesar de las precauciones que se tomaron para acabar de incomunicar entre sí á unos pueblos que lo estaban ya bastante por la distancia y la falta de caminos.» No dice la Historia que en los años subsecuentes se haya vuelto a presentar en la Isla de Cuba esa mortífera pestilencia; pero, si tenemos en cuenta lo que hoy sabemos que pasa en las otras Islas, donde suelen alternar años de violentas epidemias de fiebre amarilla con largos intervalos, hasta de 10 y más años, en que apenas se cita un solo caso mortal de esa enfermedad, y sin embargo siguen produciéndose formas atenuadas de la misma, según consta en la obra de Bérenger Féraud sobre la «fiebre biliosa inflamatoria», que hemos calificado de *fiebre amarilla frusta*, lógico parece suponer que otro tanto haya acontecido en la Isla de Cuba después de aquella terrible invasión. Nos corroboran en esta suposición algunos indicios que encontramos de que este suelo, antes privilegiado por sus buenas condi-

dones sanitarias, haya dejado de disfrutar, en lo sucesivo, de aquella notoria salubridad.

Por el año de 1678, según los datos que encontramos en la Historia de Arrate (*Historia de Cuba* I p. 439), existiendo en la Habana desde 1603 el Hospital de San Juan de Dios, el devoto Hermano de la Orden tercera de San Francisco, Sebastián de la Cruz, «sin más rentas que las limosnas que demandaba diligente y el pueblo le contribuía compasivo, dispuso en una casa particular una acomodada, aunque pequeña enfermería donde llevaba, asistía y curaba, con la mayor caridad y regalo á cuantos forasteros y desvalidos por el sobre escrito de sus semblantes reconocía estar enfermos, solicitando á costa del propio afán el alivio ajeno.» Y más tarde, por el año de 1704, el compasivo Prelado D. Diego Evelino de Compostela «lastimábase, dice Arrate, de los fatales y repetidos sucesos que se experimentaban en esta ciudad, así entre la gente presidaría como en la forastera, que saliendo del Hospital no bien restablecida la salud, por el desorden del apetito se desarreglaban en comer frutas y otros sustentos y golosinas provocativas al gusto, pero dañosas a su viciada complexión; y deseando poner remedio á este, muchas veces mortal estrago, le sugirió su caritativo desvelo la favorable especie de fundar una Convalecencia, de donde saliendo los enfermos enteramente reparados de sus dolencias, hicieran menos factibles las desgracias de sus *recaídas y reincidencias*». Estos datos, que en otros tiempos pudieron pasar desapercibidos, no pueden menos de traer hoy a nuestra mente una particularidad de esas fiebres descritas por Bérenger Féraud y que nosotros hemos tenido ocasión de observar aquí en la fiebre amarilla *frusta* o sea benigna, en que, tras el período febril, y cuando el enfermo parece ya entrado en convalecencia, se prolonga lo que el citado autor llama el «*período apirético*» de la enfermedad, quedando el paciente quebrantado de salud y expuesto a recaídas o complicaciones durante varios días y aun semanas.

Pase este juicio por lo que valga, lo cierto es que en 1654, en 1656, 1702, 1706 y 1746 murieron en la Habana los gobernadores D. Francisco Xelder, D. Juan Montaña Blázquez, D. Pedro Benítez de Lugo, D. Pedro Alvarez de Villarín, D. Juan Antonio Jinés, el primero o segundo año de su mando en esta Isla.

En 1761, según nos informa Pezuela en el cuadro cronológico antes citado, una remesa de presidiarios traídos de México, a solicitud del Gobernador Prado, para ejecutar las obras de la Cabaña, introdujo en la Habana «el vómito negro», que trajeron de Veracruz. «No era la más

propia para pensar en fortificaciones la época en que una epidemia casi desconocida estaba devorando a una parte de la guarnición y de las tripulaciones de la escuadra de D. Gutiérrez de Hevia, marqués del Real Transporte, que llegó a la Habana ya en víspera de la guerra y estando el mal en lo más recio de su furia. Entre sus muchas víctimas fue una el ingeniero francés al servicio de España, muy hábil en su facultad, D. Baltasar Ricaud de Tirgale, encargado de dirigir los trabajos de la plaza». (Pe- zuela. *Dicc. de la 1. de Cuba*. I. (Introducción, p. 195).

En los años de 1762 y 1763, durante el sitio y la ocupación de la Habana por los ingleses, a consecuencia de la reunión de un número crecido de individuos de esa nacionalidad, cuyo temperamento parece predispuesto a la fiebre amarilla, la epidemia que se había iniciado desde el año anterior hubo de desarrollarse con acrecentada violencia. Desde aquella fecha hasta la presente el aumentado tráfico, el impulso y la importancia adquirida por el comercio de esta Isla con las demás naciones, y la constante y creciente inmigración española que no ha cesado de venir a fomentar su población, han sido, sin duda, las causas que más contribuyeron a que la enfermedad en cuestión se haya constituido en permanente azote de los principales puertos y ciudades de Cuba y con predilección en ésta de la Habana, donde prevalece con variable intensidad pero con tal constancia, que de enero a enero no falta jamás algún caso.

Conclusiones—De cuanto llevamos expuesto podemos deducir las siguientes proposiciones:

1º Antes del descubrimiento de la América por los españoles la fiebre amarilla era endémica en las costas del mar del Norte de Nueva España (Veracruz en particular) y en Tierra-firme (Darién, Nombre de Dios); perpetuándose, sin duda, en esos lugares en virtud de las comunicaciones con las tierras altas y frías, de donde vendría gente apta para reproducir, en toda su fuerza, el primitivo agente morbígeno.

2º Los Indios Caribes de las Islas, á consecuencia de sus frecuentes excursiones á las costas de Tierra-firme, donde creen algunos que se proveían de la "hierba ponzoñosa", hubieron de recoger los gérmenes de la pestilencia que llevarían á sus respectivas islas (las Antillas menores), de manera á ocasionar nuevas epidemias, siempre que allí encontrasen individuos en aptitud de contraer la enfermedad.

3º La Isla de Santo Domingo, salvo, quizás, la provincia de Higüey, que solían visitar los Caribes, no ha debido ser invadida por la pestilencia

cia hasta el año de 1495; habiéndose contagiado el Almirante el año anterior de 1494 en las costas del Higuey. Después de la epidemia general de 1495-6, que destruyó la mayor parte de los Españoles y la tercera parte de la población indígena, quedaría constituida allí la fiebre amarilla bajo el mismo pie, con las mismas alternativas y con las mismas inmunidades que suele presentar hoy en estas islas.

4° La Isla de Cuba, por singular excepción, á pesar de su proximidad á los focos de infección y debido, sin duda, á la benignidad de su clima, quedó libre de la invasión de la fiebre amarilla durante los 138 primeros años de su población por los Españoles, hasta el de 1649, en que fué introducida la pestilencia desde el vecino continente y se extendió por toda la Isla, destruyendo la tercera parte de sus habitantes el primer año y continuando luego sus estragos hasta 1655. Después de esta fecha, pudo permanecer con el carácter de *fiebre amarilla frusta* ó de biliosa inflamatoria; pero transcurrieron otros 136 años sin que volviese á señalarse otra invasión de la pestilencia. Al cabo de ese tiempo, en 1761, fué nuevamente importada desde Veracruz la fiebre amarilla grave, ensañándose en los forasteros; y esa vez, con la ocupación de la Habana por los Ingleses y la renovación anual de gente forastera, llegó á constituirse en perenne y constante endemia, la misma que lleva actualmente 123 años de persistencia en esta capital, si bien mitigada por las fluctuaciones estacionales que siempre caracterizan la enfermedad.